

LA ALTERIDAD DEL HORROR EN *AMALIA*

Silvia C. Lastra Paz

UCA – CONICET

Resumen: José Mármol construyó en su polifacética novela *Amalia* un relato del terror – político inmanente a una precisa y multifacética codificación visual, inherente a los espacios de la acción, a la corporeidad de sus actantes, a los objetos, a los gestos. Deconstruir este sistema secundario trae a la luz el metadiscurso más deseado y más negado: la mutilación del deseo de ser, como individuo y como comunidad. Allí, el HORROR.

Palabras claves: Amalia – Cinesis – Deseo – Horror – Alteridad – Cuerpos – Manipulación.

José Mármol, proscrito y poeta sempiterno, construyó en su polifacética novela *Amalia* (publicada sin el final entre 1851 y 1852: en el periódico “La Semana”, Montevideo; y reeditada completa en 1856: Buenos Aires), no solo un discurso, de clara intencionalidad política, sino que sentó las bases para el relato del terror inmanente, inmanente a la confrontación, sin límite, de un dilemático y agónico: **Nosotros** frente/contra el **Otro / los Otros (subsumidos en el otro)**.

Deconstruir su precisa y multifacética codificación visual nos acercará a los mecanismos emocionales que promovieron, en el horizonte de expectativas de su época,

la identificación ejemplar con el Nosotros, asimilado a Amalia y su entorno, y la distancia ejemplarizante con el Otro, Rosas, su entorno y su praxis de gobierno¹.

Para iniciar este camino recordemos fragmentos aislados del final de la novela:

“...todos adivinaron lo que había, y junto con la adivinación del instinto, la verdad se presentó ante ellos, a través de los vidrios del gabinete, en el fondo de las habitaciones...una porción de **figuras siniestras** se precipitaba por el cuarto de Luisa al tocador de Amalia. Y todo esto, desde el grito hasta la vista de aquellos hombres, ocurría en un instante tan fugitivo como el de un relámpago.” V, 19; 1979: p.281²

“El **crystal** de los espejos del tocador **saltaba hecho pedazos** a los sablazos que pegaban sobre ellos, sobre los **muebles**, sobre los **vidrios de las ventanas**, sobre las **losas del lavatorio**, en cuanto había, siendo estos golpes acompañados de una **gritería salvaje**, que hacía más espantosa aquella escena de terror y de muerte.” V, 19, p.282

“... a la voz de uno de sus jefes vinieron los que estaban **robando y rompiendo** en el tocador;...” V, 19; 1979: p.284

Y en la Especie de Epílogo se enfatiza:

“...al siguiente día de aquel sangriento drama, los vecinos de Barracas que entraron por curiosidad a la **quinta asaltada**, (...) a la vez que **eran robados** los **últimos objetos** que quedaban en las **cómodas, mesas y roperos**.” Epílogo; 1979: p.287

A partir de estos fragmentos, intencionalmente descontextualizados, podemos apreciar, de manera más evidente, que a la voz constructora de este relato emblemático

¹ Concepto crítico, por otra parte, que no niega sus valores estéticos, pero que enfatiza la noción de que la plusvalía estética del discurso no reside solo en el texto, sino en **su funcionamiento social**, afirmado desde la Sociología de la Cultura, en especial por Pierre Bourdieu, y desde la Teoría de la recepción, por Gauss en adelante.

² Todas las citas textuales corresponden a: Mármol, José. *Amalia*. 1979. Buenos Aires: Capítulo. Biblioteca Argentina Fundamental. Centro Editor de América Latina, 2 T y el subrayado es propio.

inherente a un momento de la historia argentina, le interesa particularmente enfatizar la mutilación y destrucción por los Otros, los rosistas, del cuerpo de sus enemigos: el Nosotros- Daniel Bello, Eduardo Belgrano, Amalia misma y su servidor Pedro-, mediante la proyección de un valor, cuasi totémico, en los objetos y los espacios que cualificaban al nosotros románticamente protagónico. Así los núcleos de sentido configuran semas binarios antitéticos, que enmarcan, sigilosamente, todo el relato: **figuras siniestras- gritería salvaje: robando, rompiendo** frente a **quinta asaltada: cristal, vidrios, losa, cómodas, mesas y roperos robados.**

La realidad corpórea de los objetos acentúa trágicamente la de sus actantes, como portadores axiológicos de los mismos, en todo el devenir del discurso. Así, si bien Daniel Bello o su prima Amalia denotan, en sus acciones o en sus palabras, sus convicciones político-vitales, son sus cuerpos como objetos de presentación / representación pública, sus espacios y sus objetos personales quienes recalcan su carácter de vanguardia de la sociedad culta, pretendidamente europea y profundamente rioplatense de su tiempo. De igual modo se definirá el término político antitético: Rosas, familia y comilitones.

Les propongo que recorramos ahora, ordenadamente, la precisa codificación visual-emocional³ que ritualiza al NOSOTROS contra OTROS político, cultural, romántico y, definitivamente, axiológico; considerando los espacios de la acción, la corporeidad de sus actantes, los objetos, los gestos y la palabra en sus modalidades de enunciación.

³ Esto supone reinstaurar en el texto un nivel de discurso que coopera en su plurisignificación como RELATO –aristotélicamente de acontecimiento a fábula-, según las técnicas de decodificación de discursos iniciadas por Roland Barthes, potenciadas por Michel Foucault, y continuadas por la Neoretórica y la Teoría de la recepción.

En primer lugar, los ESPACIOS, ya externos (el constante Río de La Plata, Barracas o el centro de Buenos Aires), ya internos (los cuartos de Amalia o la sala de María Josefa Ezcurra) cualifican a los personajes desde el lexema antitético transformación / degradación.

Espacio como marco:

“Porque los valles floridos de Barracas, al fin de ellos el gracioso Riachuelo, y a la izquierda la planicie esmeraltada de la Boca, son una de las más bellas perspectivas que se encuentran en los alrededores de Buenos Aires, contemplada desde la alta barranca de Balcarce” (I, 13, 1979: p.157)

Espacio transformado por la acción política:

“Los que alguna vez hayan tenido la fantasía de pasearse en una noche oscura a las orillas del Río de la Plata, en lo que se llama el “Bajo” en Buenos Aires, habrán conocido todo lo que ese paraje tiene de triste, de melancólico y de imponente al mismo tiempo.(...) Pero aquellos que hayan llegado a ese paraje, entre las sombras de la noche, para huir de la patria cuando el desenfreno de la dictadura arrojó a la proscripción a centenares de buenos ciudadanos, éstos solamente podrán darse cuenta de las impresiones que inspiraba ese lugar,...” (I, 1; 1979: p.7)

O

“La ciudad estaba desierta. Los que huían de los personeros se ocultaban; los que tenían valor y medios, emigraban” (I, 4; 1979: p.49)

Y, más claro aún:

“Y era de ver y admirar, en medio de la solitaria calle Larga, y bajo el manto oscuro de la noche, de improviso alumbrada de vez en cuando por algún súbito relámpago, a aquel joven, (Daniel Bello) sin más garantía que sus pistolas, corriendo a disputar quizá una víctima al poderoso asesino que la Federación tenía a su frente y los federalistas sobre su espalda.” (III, 10; 1979: p.347)

Esta transformación del espacio, lograda por el férreo dominio político, genera espacios degradados: el epítome, la casa del jefe, del dictador, del tirano

“En el zaguán de esa casa, completamente oscuro, había, tendidos en el suelo y envueltos en su poncho, dos gauchos y ocho indios de la Pampa,...).Un inmenso patio cuadrado y sin ningún farol que le diese luz...La puerta del fondo ...daba entrada a una cocina estrecha y ennegrecida...y por el tabique de la izquierda se comunicaba con un dormitorio, como éste a su vez con otras varias habitaciones,...En una de ellas, alumbrada, como todas las otras, por algunas velas de sebo, se veía a una mujer dormida sobre una cama, pero completamente vestida,...” (I, 4; 1979:pp. 52-53)

O la proyección de esta misma degradación, como sistema de dominio exterior:

“...se esparcía una claridad que sorprendía los ojos del pueblo bonaerense, habituados después de muchos años a ver oscura e imponente la fortaleza de su buena ciudad, residencia de sus pasados gobernantes antes y después de la revolución, pero abandonada y convertida en cuartel y caballeriza después del gobierno destructor de don Juan Manuel de Rosas.(...) De repente, uno de los coches que venían del Retiro hacia la plaza de la Victoria, pasa sus ruedas por encima de una especie de confitería ambulante colocada bajo la vereda de la catedral, y una grito espantosa se alza en derredor...” (II, 6; 1979: pp.209-210)

O como sistema de dominio interior, que iguala ‘hacinando’:

“La cuñada de Su Excelencia el Restaurador de las Leyes estaba de audiencia, en su alcoba; y la sala contigua..., estaba sirviendo de galería de recepción. **Estaban allí, reunidos y mezclados**, el negro mulato, el indio y el blanco, la clase abyecta y la clase media, el pícaro y el bueno, revueltos también entre pasiones, hábitos, preocupaciones y esperanzas diferentes.” (III, 6; 1979: p.310)

O un espacio que descalifica y denigra aproximando:

“Un minuto después, el ministro de su Majestad Británica entró haciendo profundas reverencias al dictador de Buenos Aires que, sin cuidarse de responder a ellas, se levantó y le dijo:-Venga para acá- **pasando del gabinete a su alcoba**. Sentóse Rosas en su cama, y Mandeville en una silla a su izquierda.” (III, 12; 1979: p.359)

Más aún es tal la degradación que unifica la dimensión espacial, externa e interna, y la dimensión temporal, natural e histórica en la finalización del desarrollo discursivo:

“La primavera comenzaba para la Naturaleza. Pero, ¡ah!, el ámbar de la flor iba a extinguirse entre el olor de la sangre (...) fue septiembre de 1840 el que jugó el destino de los pueblos del Plata y, perdida la libertad, la primavera de la Naturaleza no fue sino la primavera de sangre de los argentinos” (V, 10; 1979: p.210, p.214)⁴

En segundo lugar, los CUERPOS de todos los personajes son consignados desde la mutilación, la apropiación, la manipulación o las marcas de clase.

La mutilación como sistema de orden, es el hecho cierto y constante:

“...rodando por el suelo, ensangrentados y aturcidos bajo las herraduras de los caballos, se sienten pronto asidos por los cabellos...El cuchillo mutila las manos, los dedos caen, el cuello es abierto a grandes tajos;...” (I, 1; 1979: pp.9-10)

O instituido de palabra:

“Al cabo de cinco minutos (Rosas) se paró y dijo (a Corvalán, su edecán):

⁴ Indudablemente el espacio se ha apropiado del discurso para mutarse en su primera acumulación de CAPITAL SIMBÓLICO, en el sentido crítico empleado por el sociólogo Pierre Bourdieu, una de las primeras evidencias de su configuración como relato.

-¡Ah! Lléguese a casa de María Josefa y dígale que haga lo que quiera. **Que si son unitarios no le importe de nada.**” (V, 2; 1979: p.140)

Mutilación de cuerpos como proceso de eliminación, consumado plenamente mediante la apropiación de su entorno:

“Y, entretando..los asesinos se desmontan y se apiñan en derredor de los cadáveres para robarles las alhajas y el dinero,...” (I, 1; 1979: p.10)

O, peor aún, mediante la apropiación de su psiquis:

“Fray Biguá- continuó Rosas, dirigiéndose al mulato, que tenía pegado el plato de dulce contra la cara, entreteniéndose en limpiarlo con la lengua-: Fray Biguá, déle un abrazo y dos besos a mi hija para desenojarla.

-¡No, tatita!-exclamó Manuela, levantándose y con un gesto de temor y de irresolución, difícil de definir, porque era la expresión de la multitud de sentimientos que en aquel momento se agitaba en su alma de mujer, de joven, de señorita a la presencia de aquel objeto repugnante....

-Bésela, Padre

-¡No, no!-exclamaba Manuela, con un acento lleno de indignación.

Pero, en medio de las carreras de la hija, de las carcajadas del padre, y de la persecución que hacía el mulato de su presa, que siempre se le escapaba de entre las manos, pálida, despechada, impotente para defenderse de otro modo que con la huida,..” (I, 1; 1979: p.65)

Un paso menor es la manipulación para domeñarlos, para tenerlos a servicio, desde un inferior jerárquico:

“Rosas quedó cara a cara con un mulato de baja estatura, gordo, ancho de espaldas, de cabeza enorme...Este hombre, tal como se acaba de describir, estaba vestido de clérigo, y era uno de los dos estúpidos con que Rosas se divertía. Dolorido y estupefacto, el pobre mulato miraba a su amo y se rascaba la espalda, y Rosas se reía al contemplarlo...” (I, 4 ; 1979: p.58)

Hasta la manipulación de un igual, al que denigra:(el caso de la Mazamorra)

“Y Rosas salió del cuarto llevando en pos de sí al señor Mandeville (...) Se deshacía (éste) en cumplimientos y cortesía a la hija del Restaurador, cuando Rosas,...,con los ojos y con las manos hacía violentas señas a su hija(...) y ésta su primera víctima tomó de manos de la mulata la maza con que machacaba el maíz, y, enrojecido su semblante y trémulas sus manos, continuó en el mortero la operación de la criada.(...) -Eso es para hacer mazamorra-dijo Rosas (...) -Pero esta muchacha no tiene fuerzas. -¡Oh, no, señor gobernador! Yo ayudaré con mucho gusto a la señorita Manuelita-dijo Mandeville (...) se dobló los puños de batista de su camisa, y empezó a machacar el maíz a grandes golpes. - Así; nadie diría que es inglés, sino criollo; así se pisa, ¿ves, Manuela? Aprende- decía Rosas, saltándole el alma y la risa en el cuerpo.” (III, 12; 1979: pp.365-366)

La manipulación implica siempre la adopción de una conducta, hecha hábito, que precipita al sujeto de la debilidad al miedo, de éste a la degradación personal (el retrato del jefe arrastrado y reverenciado IV,1) y, como consecuencia, a la participación compulsiva en la profanación de lugares y personas físicas o simbólicas- el dominio de la política, de la religión, de la moral- por el terror al Otro, al dictador, al Gran Cuerpo⁵ - Rosas, el Cuerpo de todos los cuerpos- que sistemáticamente reduce a la sociedad en víctimas y asesinos, así lo delatan los hechos y lo deduce la voz del narrador en su

⁵ Con la misma carga simbólica que Beatriz Sarlo en su *La Pasión y la Excepción* le señala al cuerpo de Eva Perón, antes de su muerte, pues el cuerpo concreto muta, en el imaginario absoluto del Régimen, en cuerpo público de referencia y cuerpo político de adhesión sin límites.

micro discurso político-panfletario (Cfr., en particular IV Parte, capítulo 1 “El 16 de agosto”).

Pero también los cuerpos, más allá de la praxis política como dominio, le interesan a la voz constructora del relato como marcas de clase.

Como ejemplo las modalidades sectarias proyectadas en el patrón de belleza femenina:

“En medio de este museo de delicadezas femeniles, donde todo se reproducía al infinito sobre el cristal, sobre el acero y sobre el oro, Amalia, envuelta en un peinador de batista, estaba sentada sobre un sillón de damasco caña, delante de uno de los magníficos espejos de su guardarropa; su seno, casi descubierto, sus brazos desnudos, sus ojos cerrados y su cabeza reclinada sobre el respaldo del sillón, dejando que su espléndida y ondeada cabellera fuese sostenida por el brazo izquierdo de una niña...” (II, 1; 1979: pp.162-163)

A Amalia los objetos la plenifican mutándola joya, no así a su rival en belleza:

“...le habrán dicho a usted que Agustina (Rosas) es una Belleza? (pregunta a Amalia una dama en el baile del 25 de mayo de 1840)- Cierto, esa es la opinión universal... -Cierto que sí; solamente que yo la llamo belleza federal (...) es una belleza con la cara punzó.(...) Es una linda aldeana, pero aldeana; es decir, demasiado rosada, demasiado gruesos sus brazos y sus manos, demasiado silvestres para el buen tono y demasiado frívola entre la gente de espíritu.” (II, 7; 1979: p.225)⁶

⁶ Caracterización de un personaje secundario, ratificada por las irónicas observaciones del narrador y por la misma conducta exteriorizada por el personaje aludido: “..la **belleza de Agustina no estaba, sin embargo, en armonía con el bello poético del siglo XIX; había en ella demasiada bizarría de formas**, puede decirse, y muy pocas de esas líneas sentimentales, de esa expresión vaga y dulce...” II, 7 (1979: 216); “Dicen que todo lo que usted tiene (dijo Agustina a Amalia) se lo hizo traer de Francia,...La conversación siguió, poco más o menos, sobre los asuntos que hacían en esa época del mundo, el paraíso de Agustina.” II, 10 (1979: 252) y III, 9, donde delata la tendencia familiar a la apropiación de lo ajeno: las banderas pedidas y luego usurpadas a Mandeville, el representante de su Majestad británica en el Río de la Plata.

Amalia triunfa, es el nosotros evanescente y civilizado, por ende, triunfa solo en el discurso.

También importan la distinción social que denotan algunas partes de sus cuerpos o sus extensiones simbólicas: los dientes blancos, las manos y pies pequeños, las manos “mujeriles” en los hombres (IV, 10; 1979: p.67), el cuello femenino enhiesto y de alabastro:

“(Daniel) le dijo (al señor de Martigny, enviado del reino de Francia en el Río de la Plata), en perfecto francés, sonriéndose y mostrando bajo sus labios gruesos y rosados sus hermosos y blanquísimos dientes:..”(III, 2; 1979): p.275

“Y una nueva sonrisa, dulce y tierna, pasó otra vez jugando por la preciosa boca de la tucumana (Amalia Saenz de Olabarrieta), descubriendo sus bellos y blanquísimos dientes.” (IV, 13; 1979: p.96)

“-No, esa última (detonación) es de la ballenera, que les contesta- repuso Eduardo, dejando ver sus dientes de alabastro en una sonrisa, mezcla de contentamiento y rabia.”(V, 9; 1979: p.199)

Sus extensiones simbólicas como el vestuario también importan:

“- En efecto, pero me ha sido imposible venir antes- contestó Amalia (en el baile del veinticinco), volviendo el saludo a su vecina, **en cuya fisonomía y traje descubrió al momento una persona de distinción,...**” (II, 7; 1979:p. 218)

“Un minuto después, el señor don Daniel Bello..., teniendo a su derecha al señor Eduardo Belgrano; ocupados los demás asientos por veintiún hombres,..., cuyas fisonomías y trajes revelaban la clase inteligente y culta a la que pertenecían.”(II, 8; 1979:p. 228)

En tercer lugar, como marcas de este aparato visual-emocional, los OBJETOS, que como bienes portan un valor totémico, pues distinguen a propietarios de apropiadores, compulsivos o institucionales, y dan lugar a una meticulosa clasificación de pertenencia nosotros/los otros según su color, su forma, su procedencia y sus modalidades de uso.

Los bienes portan un dual valor totémico: para Rosas y su gente cualifican hasta el extremo la posesión del otro, “nosotros” para el narrador y su lector implícito, hasta su aniquilamiento; para el mundo de Amalia y Eduardo Belgrano, su primo Daniel Bello y su prometida Florencia Dupasquier y los demás integrantes de la generación del 37, los bienes cualifican valores de su forma de ser y estar en el mundo, totemizan a la civilidad⁷:

“...una sensibilidad que me hace amar todo lo que es bello, grande o noble en la Naturaleza...(dijo Amalia a Eduardo Belgrano)...pero en nuestra sociedad americana, tan atrasada, tan vulgar, tan aldeánica, puedo decir, es más que un mal, es una verdadera desgracia.” (II, 12; 1979: pp.267-268)

De allí- de esta totemización del objeto- entonces dimana, tanto el Decreto de Expropiación de bienes, dictado por el Restaurador de las Leyes el 16 de septiembre de 1840, alejado el peligro del ejército del General Lavalle “que arrojaba a la miseria, al hambre, a cuantos eran, o quería Rosas que fueran unitarios”(V, 12; 1979: p.225), al decir de la voz configurado del relato, como la esmerada cualificación de los actantes

⁷ Esto justifica incluso el deleite y la meticulosidad en su descripción: “plato de porcelana”, “copa de cristal”, “vino de Burdeos, azucarado” I, 1 (1979: p.24), “una riquísima librería: eran el aposento y el gabinete de estudio de Daniel Bello” I, 3 (1979: p.40), la descripción detenida de los aposentos íntimos de Amalia en II, cap.1 “Amalia Saenz de Olabarrieta”, **buena prueba que los objetos hacen al sujeto** (1979: p.162).

principales y favoritos del relato de acuerdo a lo que visten y portan, por ejemplo la escrupulosa descripción de los atavíos de Amalia la noche de su casamiento:

“Vestía un traje de gro lila claro, con dos anchos y blanquísimos encajes...Su cuello no tenía más adorno que un hilo de perlas...y suspendía un medallón con el retrato de su madre. Sus cabellos ondeaban en una doble trenza...Un chal del mismo encaje,...descubriendo el seno y la espalda que quería ocultar. Y la única alhaja... era, en su brazo derecho, un brazalete de perlas con un broche de zafiros.” (V, 17; 1979: pp.269, 271)

A continuación la misma voz del relato se hace cargo de que Amalia es mucho más que ella misma y su toilette, es un cosmos de valores culturales, políticos, históricos, puesto en imagen :“No era tal o cual cosa, era el todo; era ella misma la que absorbía la mirada, la que abstraía el alma y la fascinaba.”(V, 17; 1979: p.269). Poseer este cosmos de belleza o desgajarlo, es un crimen que en el relato trasciende la acción individual para transformarse en una orgía voluntaria y comunitaria de entrega a la barbarie, por parte del poder del Gobernador de Buenos Aires, pues destruir al enemigo, a la civilidad europeizante, es borrar sus personas y, también, sus más preciados bienes que los hacen tales.

Indudablemente este destruir, este borrar sustenta un APROPIAR, con sus matices: desde el espontáneo y montoneril saqueo y destrucción de los hombres de la Mazorca, en su tarea cotidiana, vulgo al cual el valor material y subliminal de estos bienes los excede ampliamente (el reloj de Lynch⁸), pasando por la cualidad delatora de enemigo que estos bienes “virtualmente” portan (Victorica, el jefe de la policía, en casa

⁸ “-¡Y es de oro el reloj!-dice-; éste nadie me lo vio sacar; y la plata que me den por él, no la parto con ninguno. Y examinaba y volvía a examinar el reloj a la luz de su cigarro.-¡Y está andando!-dice, aplicándose al oído-,pero yo no sé..., yo no sé cómo se sabe la hora...-y volvía a iluminar su preciosa alhaja...-¡Esta es cosa de unitarios!...(I, 1, p.18)

de Amalia⁹), hasta el compulsivo deseo de posesión de los mismos ya para cargarse de algunos de sus valores más superficiales (como le sucede a Agustina Rozas con los atavíos y objetos de Amalia llegados de París o a su marido el jocos General Mansilla con el dinero ajeno: las quinientas onzas del señor don Lucas González ¹⁰, solicitadas y “perdonadas” con el ajusticiamiento), ya para destruir institucionalmente al enemigo, como práctica de gobierno del rosismo federal, desde el Decreto de expropiación de Bienes¹¹, ya mencionado, titulado por el narrador: “La Ley del Hambre”.

Indudablemente este Nosotros/Los Otros, tan irreductible, se amalgama en un axioma: para todos, Bárbaros, americanos o Civilizados, europeizados: **los objetos como bienes hacen a los sujetos**, y, en consecuencia, es muy necesario, desarmar el sistema que configuran.

En primer lugar los objetos según su color: los “otros”, los rosistas:

“Su vestido de merino color guinda, perfectamente ceñido al cuerpo....(descripción de Manuela Rosas)...” (I, 2; 1979: p.60)

“... una casa cuya puerta parecía sacada del infierno; tal era el color de llamas rojas que ostentaba.”(I, 9; 1979: p.103)

“Este hombre (Rosas) estaba vestido con un calzón de paño negro, muy ancho, una chapona color pasa, una corbata negra....” (I , 4; 1979: p.53)

⁹ “ Pero, al mismo tiempo, Victorica tenía muy buenos ojos para dejar de ver que cuanto allí había estaba descubriendo el poco amor de los dueños de aquella casa a la santa causa de la Federación .III,15, p.382

¹⁰ “ El dinero me lo pidió para cubrir un compromiso de la época...No dudo del general; dudo de la época” Cfr., II, 4, pp.193

¹¹ Cfr., en particular V, capítulo 12 “La ley del hambre”, (1979: pp. 223- 230), y el proyecto de la misma ya mencionado en V, cap.6: ..se trata de quitarles a todos los unitarios sus bienes...”(1979: p.176).

“...parecen diablos vestidos de hombre.- Unos hombres vestidos de diablo (dice don Cándido Rodríguez)” (V, 4; 1979: p.160¹²)

“En menos de ocho días, la ciudad entera de Buenos Aires quedó pintada de colorado.”(V, 12; 1979: p.223)

El “nosotros”, la generación del 37:

“Tapices, colgaduras, porcelanas, todo se presentaba a los ojos del jefe de policía con los colores blanco y celeste, blanco y azul, celeste o azul solamente.” (III, 15; 1979: p.382)

“...son unitarios...porque la he visto muchas veces andar con vestido celeste por la quinta.” (III, 6; 1979: p.317)

“Con su cabello destrenzado,..., vestida con un batón de merino azul oscuro con guarniciones de terciopelo negro, sujeto a la cintura por un cordón de seda, que hacía traición al seno de alabastro y al pequeño pie, oculto dentro de unas chinelas acolchadas de raso negro, la joven (Amalia) estaba en su tocador...entre un mundo de encajes, de riquísimas telas y de trajes extendidos...” (V, 13; 1979: pp. 231-232)

En suma, el universo del color reitera el enfrentamiento político y social. Es patrimonio de Rosas, familia y mesnada, exclusivamente, del Rojo bermellón, tono emblema, al guinda y morado, pasando por el uva o pasa, con la carga de fuerza física y derroche emocional que este monocromatismo de color cálido y fuerte denota. A su vez es cualificación permanente del mundo de Amalia y Daniel, como patrimonio simbólico de identificación con los valores de Mayo y la civilidad europea, por una parte, los colores patrios: azul-celeste, en toda gama, y el blanco, por otra, los colores evanescente

¹² Cfr. También: “el color de llamas” IV, 3; 1979, p.18.

de la moda romántica europea: del celeste-verdoso al lila, haciendo escala en el ocre, colores fríos, considerados elegantes y refinados por su opacidad, por sugerir, por no exaltar.

Sin embargo, existe un tono común el negro, el no color, la vieja marca del señorío hispánico, usado igual por Rosas y Daniel, por Manuela y Amalia, divergente alguna vez en la textura: el gro, el chiffon son unitarios, el merino, el raso, la seda de patrimonio común, como la misma clase dirigente enfrentada endógenamente, similar en el origen, disímil en el sustento de su propia plusvalía económica¹³.

Pero la neutralidad del negro es acallada por el valor político que el narrador le asigna, en su nominación “negritud”, asignado, no a objetos, sino a cuerpos que funcionan como objetos políticos estratégicos para el rosismo: los secuaces de María Josefa¹⁴, enviados por esta como quintas columnas o jefes de manzana a las casas familiares para espiar, delatar para el exterminio y llegado el caso, también robar, y siempre festejar, como generosa comparsa bullanguera, ya el nombre, ya el retrato, ya la persona del señor Gobernador:

“...ninguno como él lisonjeó sus instintos, estimuló sentimientos de vanidad hasta entonces desconocidos...” (V, 7; 1979: pp.181-182)

Es así como, “los negros”, llamados por el narrador “plebe de Buenos Aires” (V, 7; 1979: p.181) mutaron en un terrible ariete de despecho social y venganza inducida¹⁵ por el placer de denigrar, igualados falazmente o, diríamos hoy, demagógicamente:

¹³ Como bien lo señala David Viñas: la Argentina de los Saladeros frente a la Argentina agroexportadora, cuando las condiciones internacionales lo hagan inevitable, ante el avance industrial y la posibilidad no de vender carne salada para los marineros, sino de vender carne de altísima calidad, engordada con el grano propio, para las clases dirigentes europeas, el mazorquero del Bajo trocará en matarife.

¹⁴ Cfr., en particular III, 6 y 7, pp. 316-318; pp.323-325.

¹⁵ “...una negrilla de dieciocho a veinte años, rotosa y sucia...les tengo rabia...Porque son unitarios.- ¿Cómo lo sabes?- Porque cuando pasa doña Amalia por la pulpería nunca saluda al patrón, ni a la patrona,

“...es necesario que espíes bien (la adoctrina María Josefa a la “negrilla” de Barracas) cuanto pasa en esa casa, y que me lo digas a mí, porque con eso haces un gran servicio a la causa, que es la causa de ustedes los pobres, **porque en la Federación no hay negros ni blancos, todos somos iguales ¿lo entiendes?**” (III, 6; 1979: p.318).

Simultáneamente la forma y el material de los objetos, en este mundo romántico - adolescente, de enfrentamientos viscerales, adquiere una entidad cuasi tautológica, simplificando en mucho la tarea de la negrita de doña María Josefa, pues marca visualmente, al configurar el imaginario central de cada sector. El climax del centro lo configura el concepto antitético: sable¹⁶ o espada¹⁷ frente a puñal o cuchillo o daga¹⁸, con su epíteto correspondiente: “grande¹⁹”, “enorme”²⁰, “formidable”²¹, “Federal”²², con valor axiológico similar al binomio antitético celeste pálido frente a rojo bermellón, pero sumándole a su connotación emocional instintiva, una animalesca- sexual, que en la implícita, de antemano, reminiscencia fálica dobllega, por la carencia de epítetos, a la debilidad o ausencia instintiva del arma unitaria.

Cada uno de los términos del Binomio central, sable frente a puñal, tendrá sus objetos afines para establecer una cadena sémica paralela, pero irreconciliable.

ni a mí; porque....; y porque la he visto muchas veces andar con vestido celeste por la quinta.” III, 6, pp.316-317.

¹⁶ Cfr., V, 11, p.220.

¹⁷ Cfr., en especial: **..no es época de espadas-observó doña María Josefa-, sino de puñal.** Porque es a puñal como deben morir todos los inmundos salvajes asquerosos unitarios, traidores a Dios y a la Federación.” IV, 9, p.62 y también IV, 14, p.102 y no se olvide la pericia en la esgrima de Eduardo Belgrano en I, 1.

¹⁸ Cfr., IV, 1, p.404.

¹⁹ Cfr., V, 7, p.188.

²⁰ Cfr., I, 13, p.151, referido a Salomón, presidente de la Sociedad Popular Restauradora.

²¹ Cfr., II, 2, p.177, referido al cura Gaete.

²² “...este puñal federal, señor Arana- dijo Gaete.-, que me ha dado la patria...para defender su santa causa.” IV, 4, p.21.

Lo federal, rojo bermellón, es el puñal- cuchillo o daga-, la divisa punzó y su brea²³, el chaleco punzó²⁴, las botas “sin medias”²⁵ el Retrato²⁶ del Restaurador, las cortinas de coco punzó²⁷, el mate²⁸, el asado, la mazamorra.

Lo unitario, celeste pálido, es la espada o sable, con su plusvalía simbólica subyacente: de las guerras de la Independencia, los libros, los muebles: biblioteca, piano, secreter, cómoda, la vajilla, las porcelanas, la cristalería, las cortinas de batista blanca y seda celeste²⁹, las flores, el vestuario- desde el batón de mañana hasta el guante de baile³⁰, de la levita o frac al sombrero de copa, junto a chinelas y zapatos³¹.

Hay, muy a su pesar, un elemento común el dinero: billetes u onzas de oro³², que los dos personajes más carismáticos y con mayor capacidad de mando, emplean sagazmente, por igual: Daniel Bello y don Juan Manuel de Rosas, para comprar silencios o lealtades.

Pero lo que margina o centraliza a los objetos es su modalidad de uso: natural, espontánea e impulsiva, en los rosistas; sujeta a la cortesía europea, en los hombres de la generación del 37³³, inherente, en particular, al trato social y a las normas de comportamiento en la mesa³⁴, absolutamente lateralizadas en el modus vivendi federal³⁵

²³ Cfr., III,9,p.337 y V, 1, pp.130-131.

²⁴ Cfr.,en especial IV, 4, p.23 y la indumentaria completa que denota en los tipos exquisitos como Daniel Bello (IV, 10, p.67) o en Martín Santa Coloma (V, 7,p.188)

²⁵ Cfr., en especial: ..” se sacó las botas, poniendo en el suelo sus pies sin medias, tales como habían estado dentro de aquellas;...” I, 4, p.61

²⁶ Cfr.,en especial IV, 16, p.407.

²⁷ Cfr.,V, 3, p.153.

²⁸ Cfr.,en especial V,2, pp.134-135.

²⁹ Cfr.,I, 2, pp.30-31.

³⁰ Cfr., en especial V, 18, p.272

³¹ El epítome es Amalia y su enamorado en V, p.13, p.17 y p.18.

³² Cfr., IV, 12, p.88.

³³ La distinción del educado promueve el respeto del inferior: I, 9, p.105; I, 10, p.120 o el reconocimiento de los iguales en su distinción: II, 7, p.218; V, 14, pp.240-241;V, 15, p.255.

³⁴ Cfr.,IV, 13, p.90 .

³⁵ Las “caras nuevas” ante la mesa en el Baile del 25: II, 11 “Escenas de la mesa”, pp.255-256; los hábitos rústicos de alimentación: I, 4 “La hora de comer”: ..la comida estaba en la mesa...un grande asado de vaca, un pato asado, una fuente de natas y un plato de dulce.” pp.61-62; III, 12, p.358 y V, 2, pp.134-135 (el mate).

e ironizadas reiteradamente por el narrador (al generar semas antitéticos: las “caras nuevas” frente a “los distinguidos”), ya mediante una irónica animalización:

“Rosas se sentó a la orilla de una cama, que era la suya, y con las manos se sacó las botas, **poniendo en el suelo sus pies sin medias, tales como habían estado dentro de aquellas**; se agachó, sacó un par de zapatos de debajo de la cama, volvió a sentarse, y después de acariciar con sus manos sus pies desnudos, se calzó los zapatos. Metió luego la mano, por entre la pretina de los calzones, y levantando una finísima cota de malla que le cubría el cuerpo hasta el vientre, llevó la mano hasta el costado izquierdo, se entretuvo en rascarse esa parte del pecho, por cuatro a cinco minutos a lo menos; sintiendo con ello un verdadero placer **esa organización en que predominan admirablemente todos los instintos animales.**” I, 4; 1979: p.61)

, ya mediante una gracia irónica:

“- la comida, Pedro- añadió Daniel, quitándose su poncho, sus guantes de castor, sentándose a la mesa y echando un poco de vino de Burdeos en un vaso.
-Pero, ¡señor, eso es una impolítica! (dice Eduardo Belgrano jocosamente) Se ha sentado usted a la mesa antes que esta señora (por Amalia).
-¡Ah! Yo soy federal, señor Belgrano, y pues que nuestra santa causa se sentó sin cumplimientos en el banquete de nuestra revolución, bien puedo yo sentarme sin ceremonias a una mesa que es otra perfecta revolución; platos de un color, fuentes de otro, vasos, sin copas de champaña; la lámpara casi a oscuras, y una punta del mantel cayendo al suelo, como el pañuelo de mi íntima amiga la señora doña Mercedes Rosas de Rivera.” (IV, 14; 1979: p.98)

Y, también, mediante una ironía muy dolorosa, pues es la constatación de un abismo:

“Amalia, de pie junto a la mesa redonda, pálida....quedó de repente colorada al ver acercarse a ella aquellos hombres con el sombrero puesto, y estampado en su fisonomía el repugnante sello de la insolencia plebeya (ante la irrupción en la Quinta de Cuitiño y

su gente)...El soldado se acercó a la lámpara y deletreando sílaba por sílaba, leyó al fin (el salvoconducto federal de Daniel Bello)”III, 10; 1979: pp.348-349.

En cuarto lugar, los GESTOS, que en su codificación sistemática acentúan el binomio confrontativo: Nosotros-Cultos-civilizados frente a los Otros-ignorantes-bárbaros, inherente, en cierta medida, a la dinámica de uso de los mismos objetos (sombreros, botas, formas en la mesa), pero también a la voluntaria conducta de los cuerpos, desde el apoyo criminal de María Josefa Ezcurra en el muslo de Eduardo Belgrano, hasta la señoril resistencia de Amalia ante el Comandante Mariño:

“-¡Pero, hija, si ya me cuesta tanto levantarme de donde me siento!...-dijo la vieja con una sonrisa satánica-. Vaya, vamos, pues: dispense usted, señor Belgrano.

Y al decir estas palabras la vieja, fingiendo que buscaba un apoyo para levantarse, afirmó su mano huesosa y descarnada sobre el muslo izquierdo de Eduardo, haciendo sobre él tal fuerza con todo el peso de su cuerpo, que, transido de dolor hasta los huesos, porque la mano se había afirmado precisamente en lo más sensible de la profunda herida, Eduardo echó para atrás su cabeza....

-¡Ah, señora!-

-¿Le he hecho a usted mal?;Lo que es ser vieja!”(III, 9; 1979: p.340)

O

“Amalia no estaba rosada, estaba punzó en aquel momento. Y, Mariño, por el contrario estaba pálido y descompuesto en presencia de aquella mujer, cuya belleza fascinaba y cuyas **maneras imperiosas y aristocráticas**, podemos decir, imponían.”(III, 15; 1979: p.384)³⁶

³⁶ Todo este capítulo, titulado “Amalia en presencia de la policía” es una muestra del sistema gestual de una individualidad poderosa, de un ideario moral y de un código de clase: “la altanera tucumana” (385), “alzando la cabeza, contenta y altiva” (386), “una expresión marcada de despecho” (388).

Pero el gesto de los gestos, solo lo tiene el S/supremo susceptible de reducir todo a silencio, todo a miedo, todo a cobardía:

“ La mañana venía.(...) El silencio era sepulcral en la ciudad.....Era una ciudad desierta...Era don Juan Manuel de Rosas, que marchaba a encerrarse en su campamento de Santos Lugares, en la madrugada del 16 de agosto de 1840, saliendo de la ciudad, oculto entre las sombras...” (IV, 1,1979: p.399)

Y, finalmente, la misma PALABRA, que, en su enunciación pública, se vuelve disfraz de perversión, manipulación o delación.

La palabra pública se muta en extraordinario instrumento de dominio, pues ya califica al “otro” motejándolo hasta reducirlo a la nada de “inmundo asqueroso salvaje unitario (I, 9; 1979: p.111), ya amedrenta con la incisiva pregunta que anticipa el terror: “-¿No teme usted de sus palabras, señora (Mariño a Amalia)? (III, 15; 1979:p.387).

En una interdiscursividad semejante, la palabra pública está perdida, pues está amenazada en su autenticidad y, en consecuencia, su valor develador del otro está pervertido, pues no hay con quien dialogar, cuando el otro como otro debe ser reducido, negado, acallado, eliminado, como aconseja don Juan Manuel a su hija:

“- Son tus perros que te acarician” (I, 4; 1979: 64) o “Tú debes disimular...”(I, 6; 1979: p.73) o instrumenta su tía, María Josefa, ya repartiendo dádivas igualitarias: “pudiendo decir que era más federal que muchas blancas”(III,7; 1979: p.324) “- No me diga “Usía”.Trátame como quiera, no más. Ahora todos somos iguales. Ya se acabó el tiempo de los salvajes unitarios, en que el pobre tenía que andar dando títulos al que tenía un frac o un sombrero nuevo. **Ahora todos somos iguales, porque todos somos**

federales.” (III, 6; 1979:p.311), ya atizando celos: “¿A quién ve esa Amalia, viuda, independiente y aislada en su quinta? A Daniel solamente” (I, 9; 1979: p.115), o se degrada la vida religiosa alabando, al gran gobernante, al gran padre simbólico que vive “eternamente para la felicidad de su pueblo” (IV, 6,; 1979:p.39), como dice Sor Marta del Rosario, o se toma a la mujer como botín de guerra: la misiva de Mariño a Amalia “¡Pedirme cartas y visitas en secreto!-exclamó Amalia (III, 11; 1979: p.356), aunque en todos los casos la unanimidad es la del miedo³⁷ o la de la ambición, la de no poder diferenciarse, no puede haber otros. Indudablemente, que desde aquí se manipula al otro, pues se lo construye como un nosotros, o se lo envía a la nada y todos comparten esta obsesión, incluso nuestro héroe Daniel Bello, agente doble, que enfrenta al omnímodo “Nosotros Rosismo”, desde otro nosotros excluyente, y por eso él también manipula con la palabra³⁸ y el dinero, especialmente, a sus colaboradores doña Marcelina, a don Cándido Rodríguez, y, en menor medida, a sus iguales: “...sin dejar de calcular las ventajas que podría sacar del frenesí de los otros.” (I, 13; 1979: p.155) o “¿Puedo tener otro objeto en lo que hago que vuestra propia seguridad? ¿Y por qué Amalia? Para despejar en algo el porvenir...de esas sospechas (amonestándola para ir al Baile del 25)”(II, 5; 1979: p.204); lo disculpa la situación general de opresión y la posición elegida por la voz constructora del relato.

Finalmente si la palabra pública no es genuina ni liberadora del ser, su enunciación privada es tabú, pues genera siempre terribles maquinarias de delación, desde las individuales hasta las sincronizadas como perfectos engranajes:

³⁷ Cfr., en particular: el valor de los secretos en la casuística charla Bello-Mansilla: “**No hubiera dado un diablo por mi vida, mientras tú creyeses que yo tenía tu secreto.**” IV, 16, p.122

³⁸ Cfr., en especial: I, 10, p.124; I, 11, pp.131-136; I, 13, pp.155-156; II, 5, pp.204-205; II, 8, p.240; IV, 16, pp.116-122 (el duelo verbal con Mansilla) para Daniel Bello. Y, para su epígono don Juan Manuel de Rosas; I, 4, p.56; I, 5, pp.68-69

“- Lo que le prometo es no decir a nadie que tiene usted tan sensible el muslo izquierdo, a lo menos a las muchachas(dijo María Josefa a Eduardo Belgrano), porque, si lo saben, todas van a querer pellizcarlo ahí para verlo desmayarse.” (III, 9; 1979: p.342),

es decir promete decirle todo al omnipresente Gobernador, o el alerta

“- De ahí resulta que Beláustegui le ha dicho a Arana que Mariño le ha dicho a él que Victorica le ha dicho en la policía que ha dicho al comisario de tu sección que desde esta noche vigile tu casa, y te haga seguir, porque hay sospechas terribles contra ti (explica don Cándido Rodríguez a Daniel Bello).” (III, 16; 1979: p.394)

que signa, en este sistema sociolingüístico un final inevitable.

En suma, este magnífico aparato visual-lingüístico, aquí bosquejado levemente, construye con maestría sigilosa un lector implícito movido a identificarse plenamente con un seguro narrador heterodiegético, dueño y optimista propulsor de un binario discurso político invariable (Nosotros: Cosmos frente a los Otros: Caos o Daniel Bello frente a Rosas, o Amalia Saenz de Olabarrieta, finalmente Belgrano, frente a María Josefa Ezcurra) y desde, la plena identificación, por conmoción y empatía, lograda con el Nosotros, se genera la respuesta de un discurso emocional y conmovedor ante el terror de los Otros, el HORROR de nosotros ‘lectores’, (especialmente de aquellos lectores de ayer que podían creer en la simplicidad de las irreductibles y terminantes oposiciones binarias configuradoras de mundo), conmovidos y mutados testigos y partícipes en **la dialéctica lucha contra un discurso emocional basado en la destrucción del DESEO, del deseo de ser: joven, bello, valiente, refinado y argentino.**

El mejor de los deseos.

José Mármol, desde su mirada por comprometida parcial, recupera, para nosotros, el HORROR del exilio, interior o exterior, de los exilios, para salvar su memoria, nuestra Memoria y, con ella, rescatar, aquilatando NUESTRA IDENTIDAD³⁹.

³⁹ Pues Mármol construye un modelo de narrador que reduce el pasado a condensaciones intensamente simbólicas, mediante la convergencia de un hecho excepcional y un hecho pasional, forzando a la memoria a colocarse en el mismo lugar que entonces- joven y proscripto- y, desde allí, hace salir la noción de Identidad, individual y comunitaria.